

PALABRAS LEONESAS PARA DON TEÓFILO HERNANDO

No es infrecuente que en la capital de España se celebren actos muy específicamente leoneses: por ejemplo notorio, en nuestra remozada «Casa» de la calle del Pez; pero un cronista puntual y activo -que no es el caso del abajo firmante-, podría recoger a lo largo y a lo ancho de la vida cultural cortesana los muchos e incesantes ecos de nuestra presencia. Tal se ha podido ver, una vez más, en la «Lección Conmemorativa Teófilo Hernando». Si el decano de la Facultad de Medicina de la Autónoma era el anfitrión principal del importante acto académico, si a éste



asistían figuras de la intelectualidad nacional como el rector de la propia Universidad, o Laín Entralgo, o el doctor Rof Carballo que pronunció la lección magistral tras las intervenciones de los profesores Sánchez y Velázquez, lo cierto es que un leonés de a pie podía contar allí con suficientes razones de autoestimación regional. Porque es, justamente, bajo el león heráldico de nuestra identidad como circula por los centros docentes e investigadores la convocatoria del «Premio Teófilo Hernando» para nefrología. Una tercera edición, que por estas fechas se está proclamando bajo el mecenazgo de la Caja. O con nombres y apellidos completos: la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de León.

Confieso que en el aula magna madrileña, donde las batas blancas alternaban con los trajes «de paisano» -y con los modelos primaverales de las damas-, algunos tecnicismos se habrán hurtado a mi comprensión, como no sea para traer vagas aprensiones a mi condición de profano temeroso. No importa. Porque si allí se estaba hablando de una cumbre de la ciencia, no menos se estaba evocando a un hombre.

Y cómo evitar entonces por una analogía nada forzada, el eterno tema del poema que se sobrecarga de belleza y potencialidad cuando el hombre-poeta «iguala con la vida el pensamiento...». Las enseñanzas del doctor Hernando, sus descubrimientos y sus intuiciones y las curaciones objetivadas de los enfermos hubieran podido existir de todos modos, y de todos modos estarían aquí las batas de sus discípulos y el homenaje. Pero lo cabal es que don Teófilo está «él mismo», audible y respirable en la estela que siempre deja -en el decir del clásico- todo

hombre al que nada de lo humano puede serle ajeno. «La montaña, el aforismo, la fruta, el mar, la anécdota» -¡qué cimbreante enumeración!- «pasan por su conversación inagotable, y se quedan depositadas como las olas, en su lugar correspondiente». Son pinceladas del lírico retratismo de Juan Ramón Jiménez: rescatadas un día por nuestro Ricardo Gullón (si al cronista se le permite arrancar otro fleco leonés al tema)...

Pero es que la montaña y el agua y el trigo cruzaban por la conversación de don Teófilo como reflejo de su pasión interior, de su curiosidad, que es como decir de su amor a las pequeñas o grandes cosas donde brilla la dádiva del hacedor de todo. Tal es como fraguan, tenazmente, las cabezas donde la ciencia es una magnificación del sentido común. El profesor Hernando explicaba en los comienzos de siglo una asignatura que llamó algo así como «Terapéutica médica o el arte de recetar», aunque en 1910 fuera bien parca la panoplia donde el recetador pudiera escoger sus armas. Y bastantes años más tarde el investigador que tanto contribuyó a pertrechar el arsenal del médico, seguía sabiendo que a veces es justo y necesario devolver sus fueros a la sabia naturaleza:

-A este enfermo, por qué no prueban ustedes a dejarlo en paz y no darle nada...

Larga y con privilegio -el inmenso de trabajar, hasta el final, por el bien de los otros- ha sido la vida de quien hace cuatro años se nos fue callada, tímidamente, como si quisiera ahorrarnos la ceremonia casi inminente de su centenario. El poeta de Moguer pudo dibujar aquella sutil miniatura en 1930. Mucho más tarde hemos llegado otros a la amistad del castellano sin fronteras. Pero conocer a don Teófilo Hernando era, en cualquier caso, una hermosa y regalada manera de llegar a tiempo.

Antonio PEREIRA